



GUSTAVO VARELA

# PERÓN Y EVITA

## MEMORIA ÍNTIMA

IMÁGENES DE UNA PASIÓN ARGENTINA





GUSTAVO VARELA

# PERÓN Y EVITA

## MEMORIA ÍNTIMA

IMÁGENES DE UNA PASIÓN ARGENTINA



COLECCIÓN  
**Lea**

GUSTAVO VARELA

**PERÓN Y EVITA**  
MEMORIA ÍNTIMA

IMÁGENES DE UNA PASIÓN  
ARGENTINA

**Perón y Evita: memoria íntima**

es editado por

EDICIONES LEA S.A.

Av. Dorrego 330 C1414CJQ

Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

E-mail: [info@edicioneslea.com](mailto:info@edicioneslea.com)

Web: [www.edicioneslea.com](http://www.edicioneslea.com)

ISBN 978-987-718-017-6

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Prohibida su reproducción total o parcial, así como  
su almacenamiento electrónico o mecánico.

Todos los derechos reservados.

© 2014 Ediciones Lea S.A.



# LA INTIMIDAD PERONISTA

“Me hice peronista porque dejé de ir al baño con paraguas”. Así decía doña Teresa, una inmigrante andaluza que vivía en un conventillo de la calle Picheuta, en el bajo Flores, cuando logró alquilar una casa propia en 1947. En el pasillo sin techo y rumbo al baño, ella con tres hijos, viuda, obrera en la fábrica de cocinas Volcán; en ese pasillo de conventillo se vio a sí misma y vio a sus hijos, y supo después que la intemperie la afligía todos los días. En esa marca, en ese pliegue íntimo de su pobreza, allí germinó el peronismo en su vida.

Hay una memoria histórica que no está en los libros. Porque es afecto, sensibilidad, devoción profunda, lo entrañable mismo. Es una memoria que se transmite en el gesto cotidiano y no en la palabra escrita. Memoria de clase, de esquina, de feria callejera, de afecto; memoria de dolor ajeno y de necesidad imperiosa de los otros. Por debajo de la palabra, muy por detrás de cualquier proclama, hay una memoria política del cuerpo que no es sino las marcas de una intimidad propia y a la vez compartida. Complicidad en las miradas, en la forma de

caminar, en la espera de un destino común. Como si la vida de cada uno tuviera la posibilidad de unirse a otras vidas distintas, de soldarse en otras gentes que hasta entonces eran extraños; vidas que se multiplican, no en el reclamo, sino más bien en la invención de una sensibilidad común. Entonces, en el momento menos pensado, cuando sucede sólo lo cotidiano, en ese momento la vida adquiere una dimensión política inesperada y para siempre. Doña Teresa, su paraguas y su baño, es todos los otros. Porque las historias se repiten del mismo modo, en escenas sin marcos dorados, de gente que no esperaba nada porque las cosas del mundo quedaban lejos. Siempre lejos.

Por eso el peronismo no es de superficie; es interno y vital, como el hígado o el páncreas. Porque conjuga la política y la vida en el punto donde ambas se requieren. No en la necesidad económica; no es una ecuación de dar y recibir. Se extiende más allá y se hace afecto, familia, sentimiento amoroso que afirma la vida en comunidad bajo las caras de Evita o de Perón. Quienes sitúan al peronismo en una política de intercambio, quienes hacen del aluvión sólo una cola de necesitados, estrechan la mirada y ven de a uno lo que en realidad es un plano político hecho de multiplicidad. La vida de quienes se hicieron peronistas es más amplia que un plato de fideos, que el parquet del living o que las cortinas de la casa. Cuando doña Teresa dejó de usar el paraguas para ir al baño, lo que abandonó

fue su soledad, su silencio de años, su vida de a uno. Se vio amplificada en otros, aumentada.

El 17 de octubre de 1945 fue eso, la invención de un espacio político de muchos que no se conocían. Por Perón, sí, claro; pero antes que nada por ellos mismos, por la necesidad de verse conjugados en un destino común. El agua de la fuente no lavó las patas de todo el pasado, sino que secó la ampolla por haber caminado siempre torcido, con el enorme peso de no ser también los otros.

La historia política lo había ensayado con Yrigoyen. Pero no alcanzó. Porque el pueblo argentino se inventaba como pueblo en esos años, mezcla de todos los que somos, italianos, vascos, polacos, gallegos, rusos, todos ellos exiliados de su tierra por razones de mercado; más los hijos de los inmigrantes y los hijos de sus hijos, y los nuevos inmigrantes que llegaban y los criollos que ya estaban. Muchos y distintos que se vieron por un rato y por primera vez en la cara de Yrigoyen, tan cercado como estaba por los vicios de una oligarquía argentina que no se resignaba a perder.

El peronismo llegó como una necesidad histórica. Se mezcló el cine, el sindicato, el tango, la poesía, el trabajador metalúrgico, los pibes de provincia que nunca vieron el mar y las costureras. Todo venía de atrás, de

cuando había que labrar para no perderse. El peronismo inauguró la calle como escenario para la pasión común. Muchos, todos. No, todos no; porque también hizo visibles a los otros, desesperados de tanta mezcla, de tanta piel cetrina y de tanto choripán y vino. Alegría en la calle y tristeza en los escritorios.

El peronismo no fue el efecto de una racionalidad política; fue la expresión de lo que no tenía lugar, de lo que se venía gestando puertas adentro y que recibe su legitimación definitiva aquel 17 de octubre. Ese día se agruparon quienes nunca antes se vieron juntos, a pesar de vivir en el mismo barrio o de trabajar en el mismo lugar, a pesar de verse todos los días. Lo que importa es el carácter fundacional que tiene, su institución como gesto político. Es antes y después de ese día, el inicio de un nuevo estado de cosas, el romance del pueblo con el pueblo. Se vieron por primera vez y se inventaron peronistas el 17 de octubre. Ese mismo día inventaron a Perón.

Con Evita fue distinto. Ella se miró al espejo y se vio llena de gente. Nunca antes una mujer argentina había sido tanta gente toda junta. Desplazamiento de la traza política, ampliación del campo visual: una mujer que habla, que decide, que tuerce el destino de muchos, que se impone por encima de la historia nacional y de su propia historia. Aquella lavandera, la otra vendedora en una



tienda; costureras, pantaloneras, obreras, amas de casa o secretarias. Todas actrices de reparto, como Eva. Aptas para estar por detrás, empujando el carro y los melones de otros. Hasta el día del espejo, cuando se vio multiplicada en tantos de una misma raíz y de un mismo destino trunco. Sale de la fila y se muestra mujer. Una mujer. Hacia adelante y hacia atrás en el tiempo, un nudo que se desata porque ella no duerme nunca, mientras él, de uniforme y botas, lo que más sabe de ella es que ella no tiene miedo. Ni para amarlo, ni para estar donde quiere estar. Con Evita, el mundo peronista aprendió a no esperar más, a olvidar las promesas, a conjugarse sólo en tiempo presente. Es aquí y ahora, al ritmo de la necesidad y no el de la especulación o la usura. Sabía de sobra que el tiempo del pobre es de apuro aunque se lo haya domesticado para quedarse quieto y esperar. El mundo de allá, el del más allá, ese sí es de esperanza; pero el de acá, en el que se amanece todos los días siendo el mismo, ese mundo sólo soporta la espera cuando los que esperan son otros. Todos los días el mismo llegando a horario; todos los días el mismo estibando arena en un camión o bolsas de trigo en el tren. Rutina de la carga, desgracia de la repetición de una vida desgraciada. Eso no lo sabe sino el que alguna vez lo vivió. Soy uno de ustedes, les repetía Eva a los que repetían su vida todos los días; vidas de ciático a la superficie, de manos ásperas y vidas cortas.

El mundo peronista se fue abriendo sobre sí mismo. Con prepotencia hacia el pasado, sin dudas. Porque había una genealogía de esas manos ásperas que llegaba bien atrás: desde el siglo XIX y desde antes eran las mismas manos las que barrían, las mismas espaldas las que se arqueaban, las mismas bocas las que debían decir siempre que sí. Obediencia de pago chico, de vidas canceladas a fuerza de dominio. Se heredan los gestos pero también –y más– se hereda la falta de un horizonte y la ausencia del sol por la mañana. Bajo el espejismo del ascenso social a fuerza de sacrificio, muchos quedaban no sólo con sus vidas pobres sino también culpables de no poder. Eso se repetía: el que quiere puede salir; el que no sale es porque no quiere. Una falsa antinomia que suponía la impostura de una misma libertad para todos. El peronismo iluminó por primera vez esas vidas; las hizo sujeto político bajo la figura del trabajador. La agremiación, los derechos laborales, la celebración del día del trabajo; el insomnio laboral de Evita en la Fundación y el título de primer trabajador otorgado a Perón en el canto de la Marcha. Costureras con máquina de coser, peones con estatuto, enfermeras y obreros. Las que eran vidas culpables dejaron de serlo a través de aquello que ya eran, del esfuerzo que ya hacían. Ser un trabajador era más una dimensión ética que económica. Se volvía un rango, una toma de posición, el reconocimiento de una condición hasta entonces esquivada. Contra la obediencia, el orgullo de ser

trabajador, la prepotencia de ser trabajador. El mundo peronista salía del pasado e inauguraba una nueva condición para la política. El inicio de un nuevo estado de cosas, el sentimiento íntimo de pertenencia a una identidad de iguales. Todo ello no era más que el final de un silencio labrado por años. La realidad hablaba por sí misma a través de cada cuerpo y se hacía más amplia. Como ese niño de provincia, que veía por primera vez el mar. Así de sencillo y así de inmenso.

El peronismo íntimo se cose como realidad política en los ojos de la infancia aunque se lo haya vivido siendo adulto. Es un acuerdo sensible, con una dosis de ingenuidad y otra de seriedad olímpica; un gesto de complicidad vital. No los desclasados, no los olvidados. La intimidad es de torso a la vista. Crudo e incómodo, y sin camisa. Los músculos sobre el Estado, empujando al Estado, con la confianza de poder por encima de la avaricia de a uno. Afectividad de lo común, vida de patio de conventillo y de mesa larga. Un descamisado es alguien con fervor, de cuerpo incandescente. Evita se apropió de la palabra y la hizo sustantivo. Los descamisados son quiénes, no cómo. ¿Por qué están allí? ¿Por qué van, por qué gritan, por qué se cuelgan del acoplado de un camión para llegar? ¿Por qué lloraron tanto en agosto y por qué siguieron nombrando a Perón después de las bombas y del silencio obligado? No hay cálculo ni resarcimiento. Tampoco el